

Catequesis familiar.
"Pquia. Ntra. Sra. Del Perpetuo Socorro y San Alfonso".

Seguir a Cristo en Familia

Un punto de partida

Ser discípulos de Jesús es responder a su llamado e identificarse con su Persona a partir del encuentro con Él, que es fuente de vida. Llamado que implica entrar en un dinamismo de convivencia diaria con su buena nueva y, por consiguiente, de conversión personal hacia su propuesta de vida.

El discípulo es aquel que dando un **sí** inicial, se pone en camino tras la persona e su maestro y renueva esta adhesión en forma progresiva y permanente. Pero este camino no lo hace solo, porque esta vinculación íntima con Cristo se da en el "grupo" de quiénes siguen al mismo maestro.

Ser discípulo tiene dimensión comunitaria. En primer lugar en la Iglesia misma, y luego en las múltiples vivencias comunitarias que un cristiano puede experimentar, sobre todo si esa experiencia de intimidad se "mama desde la familia.

La familia como espacio vital, santuario de vida

Sin lugar a dudas, a pesar de los cambios vertiginosos y profundos que sufre la institución familiar, para nosotros y para la mayoría del pueblo argentino – y de Latinoamérica – la familia sigue siendo un valor importante. Tal vez se haya perdido el sentido del matrimonio – tal como creemos quienes profesamos la fe católica- que ha de ser, pero no el de la familia como espacio necesario y vital, más allá del estilo de su conformación.

Todos todavía sentimos fuertemente la necesidad de estos vínculos; y del espacio de amor, acompañamiento, calor y cuidado tan necesarios para el desarrollo de la vida personal en todos sus aspectos. Y de algún modo, aun en medio de experiencias de fracaso, las personas buscamos una comunidad familiar que nos contenga.

Muchos más, quienes por la fe vemos en la familia la imagen de la Trinidad, que nos invita a vivir las relaciones humanas y esas mismas características con una mirada trascendente, en dirección a una proyección que dese lo humano busca descubrir el plan de Amor de Dios sobre la humanidad. La familia entonces se nos presenta como "santuario de vida".

Santuario no sólo porque en su seno la procreación encuentre el mejor "clima" para ser gestada y recibida, sino para celebrar la vida en común: la de la pareja que se ama; la de los hijos que vienen como fruto de la comunicación íntima y hermosa de ese amor; la de los hijos que crecen, la de los hermanos-que por más dificultades y peleas propias del aprendizaje del convivir- se quieren, se apoyan, se acompañan; la de los amigos y otros familiares que participan del afecto familiar, de sus esperanzas y de sus dolores.

Santuario de la vida, escuela de discipulado

Esta familia, asumida dese la fe y con la gracia “adicional” del sacramento o de la unión espiritual con Cristo, en la Iglesia (como puede ser en el caso de aquellas familias fundadas sobre nuevas uniones que no puedan ser sacramentadas) ha de ser una escuela de discipulado, es decir de respuesta, adhesión y seguimiento de Jesús.

Nada más sencillo que intentar vivir con autenticidad aquello que se cree y que se ha descubierto como bueno, aunque no por sencillo deje de ser desafiante y una tarea que dura gran parte de nuestra vida, sino toda.

Una familia como escuela de discipulado es aquella que asume como ley suprema la del Amor, el mandamiento primero que Jesús nos dejó; y porque lo asume se anima a vivirlo a fondo con todo lo que el amor tiene de paciencia, de comprensión, de humildad, de alegría, de perdón.

Una familia como escuela de discipulado es aquella que prioriza en sus opciones la sencillez, la justicia, la misericordia, la pureza, la paz, la mansedumbre. No como un listadito que cuelga desde el imán de la heladera; sino como actitudes a cultivar, a trabajar, a sembrar, a debatir, a proponer. Una familia que con los pies en la tierra no idealiza el ideal, sino que trata de realizarlo en medio de sus aciertos, en medio de sus enojos, en los momentos en que todo va bien y en aquello en que nos agarra una ganas terribles de “patear la mesa”.

Una familia como escuela de discipulado es aquella que no impone por el poder de la letra; sino que propone con la fuerza cálida del espíritu, que brinda libertad y a la vez límites claros y lógicos que encaucen la energía propia en distintos momentos e la vida; que siembra con el poder del amor y jamás con el miedo o la severidad de la advertencia; que amonesta; que corrige confiando en el otro como hijo amado de Dios a Quién amamos y sabemos es infinitamente bueno y rico en tiempos de espera.

Una familia como escuela de discipulado es aquella que tiene a Jesús como amigo, como modelo, como opción de vida que pasa por la necesaria “reconvocatoria” de cada uno de sus miembros en las distintas etapas de la vida personal. Ésta es la diferencia entre “clan” y “comunidad”: el “clan” actúa al unísono y sin diferenciación porque la cultura viene dada; la “comunidad” actúa por la cohesión con el ideal y la asunción propia y personal de los valores. Y en el caso de la comunidad cristiana; siempre permanece abierta a aquel que en algún momento pueda no sentirse totalmente identificado; mucho más cuando esa comunidad es verdaderamente familia.

Una familia como escuela de discipulado comparte la vida respetando los tiempos propios; busca tiempo, se da recíprocamente tiempo (para estar juntos, para compartir el juego, el diálogo, los intereses individuales, los intereses comunes; para estar con los amigos y otros familiares, para aportarse a la vida social eclesial).

Una familia que ha descubierto a Jesús y quiere seguirlo es **alegre**, aunque haya momentos de dolor y desorientación; es **vital** aunque por momentos falten las fuerzas. Se enoja y discute como cualquier familia peor encuentra el perdón y el **amor** como medida de resolución del conflicto. Se **acerca** a todos sin discriminación: al ciego, al herido, al samaritano, al peregrino, a Mateo a Pablo, la pecadora..., dejando de lado cualquier dedo acusador y levantando siempre los brazos para dar el abrazo bueno del Padre misericordioso.

Una familia como escuela de discipulado es la de gestos sencillos, que bendice la mesa y la vida, da gracias por todo lo bueno que Dios nos regala, pide con confianza y serenidad, celebra la vida cada domingo junto a la gran mesa del altar; que llama a Dios Padre, a quien entre “en control” de la propia vida y con responsabilidad madura realiza su misión como “fragua” de la humanidad, templando en el Amor y sólo en el amor la vida de cada uno de sus miembros.

Una familia como escuela de discipulado, es una familia común, normal y corriente; que ha decidido seguir a la persona de Cristo y testimoniarlo sin ostentación, pero con coraje.

¿Puede una familia vivir de este modo?

En medio de un mundo complejo, la verdad es que la primera respuesta pareciera ser “no”. Materialismo, propuestas contradictorias en los medios, ausencia de valores, contrariedad. Pero en verdad, si nos animamos, el tema no depende tanto de la realidad sino de cada uno de nosotros mismos y de la forma en que decidamos recorrer el camino de la vida.

Dicen que una vez un joven paseaba por una ciudad desconocida cuando, de pronto, se encontró con un comercio sobre cuya marquesina se descubrió que, tras los mostradores, quienes despachaban eran ángeles. Y, medio asustado, se acercó a uno de ellos y le preguntó: - “Por favor, ¿qué venden aquí ustedes?”

- “¿Aquí?” respondió el ángel. “Aquí vendemos absolutamente todo”.
- “¡Ah!” dijo asombrado el joven. “Sírvanme entonces el fin de todas las guerras del mundo; muchas toneladas de amor entre los hombres; un gran bidón de comprensión entre las familias; más tiempo de los padres para jugar con los hijos...” Y así prosiguió hasta que el ángel, muy respetuoso, le cortó la palabra y le dijo:
- “Perdone usted, señor. Creo que no me he explicado bien. Aquí no vendemos frutos, sino semillas”.

Así de simple es la cosa. Se puede vivir de la manera que elijamos o sembrando la posibilidad de ser discípulos de Cristo, en el pequeño espacio de misión de nuestra propia familia; y trabajando con amor en este seguimiento. O pensar que una serie de principios aprendidos bastan por sí solos para conseguir los frutos.

